

10. 11. 1993

R.43199

CASA MUSEO



LOPE DE VEGA

GUÍA Y CATÁLOGO

Juan Manuel González Martel

Madrid, 1993





EN ESTA CASA

A los treinta y seis años de edad, Lope de Vega había contraído su segundo matrimonio con Juana de Guardo (1598), provocando la maledicencia de émulos y detractores: puesto que la esposa no debía de ser ni bella ni culta, se estimó que sólo el interés le había movido; de ser eso cierto, no tardaría en verse defraudado.

En cualquier caso, hacía ya algunos años que era amante de la linda casada Micaela Luján, frecuentemente aludida como *Celia* o *Camila Lucinda* en sus obras de por entonces. Cinco hijos habían nacido de estas relaciones, entre ellos, dos de sus preferidos: Marcela (1606) y Lope Félix (1607). Sin saber por qué, la pareja adúltera rompe en 1608, y el escritor intenta serenar su vida, acentuando su religiosidad y su atención al hogar. El matrimonio, del que, en 1606, había nacido su bien amado hijo Carlos Félix, se le hace llevadero, según escribe en un soneto:

*Quién no sabe del bien del casamiento
no diga que en la tierra hay gloria alguna.*

.....
*Trasladar a los brazos soñoliento
su hijo en bendición desde la cuna,
es la más rica y próspera fortuna
que puede desear el pensamiento.*

Para este nuevo proyecto de vida, Lope, que había establecido el domicilio conyugal en Toledo, lo traslada a Madrid, para lo cual compra en 1610 esta casa de la, entonces, calle de Francos. Y aquí transcurren dos años de felicidad hogareña con su esposa y su hijito Carlos, de la que deja algunos testimonios, como estos versos de la epístola a Martín Porras:

*Llamábanme a comer; tal vez decía
que me dejasen, con algún despecho:
así el estudio vence, así porfía.
Pero de flores y de perlas hecho,
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.
Tal vez que de la mano me llevaba,
me tiraba del alma, y a la mesa
al lado de su madre me sentaba...*

Pero tanta dicha acabó pronto: Carlos muere dos años después, con hondo dolor de su padre.

Poco más tarde, a principios de 1613, Juana fallece de sobrepeso al dar a luz a su hija Feliciana. El escritor intenta rehacer su descompuesto hogar, trayéndose a casa a algunos de los hijos habidos fuera de matrimonio, entre ellos, a Marcela, que ya tiene ocho años.

Y adopta la decisión de ordenarse sacerdote, lo que hace en 1614. Pero sosiega por poco tiempo su vivir vertiginoso, que prosigue consagrado a las letras, entregado a pretensiones cortesanas y a rivalidades literarias, y poseído pronto por un nuevo e intenso amor: el que despertó en él una hermosa y exquisita muchacha malcasada, de ojos verdes, Marta de Nevares (poéticamente nombrada *Amarilis* o *Marcia Leonarda*), de veintiséis años, que corresponde ardientemente al lozano cura cincuentón. Este nuevo y chocante episodio contribuye a que Lope siga siendo "fábula del mundo" y blanco fácil para sus enemigos. No le importa: en la Corte real se le respeta, y el pueblo madrileño le expresa su admiración con una blasfema profesión de fe, que persigue la Inquisición y que empieza: "Creo en Lope todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra...".

Pero también esta tranquilidad, fundada en bases de tan incierta fortaleza, se le vino abajo, no sin que una nueva hija, Antonia Clara, tenida en Marta, aumentara sus obligaciones. Marcela, con quince años, ingresa en el vecino convento de las Trinitarias, donde el sacrílego sacerdote dice misa a diario. Lope Félix, adolescente, inicia la carrera de las armas. Por fin, Marta de Nevares, joven aún, pierde la vista y, poco después, empieza a ofrecer síntomas inquietantes de demencia. Durante más de diez años, el genial poeta consagrará su vida a cuidar, muy probablemente en su propia casa, a aquella desventurada ciega y loca, hasta que se la arrebate la muerte (1632).

Lope vive en compañía de sus hijas Feliciana, que se casó muy honradamente y heredará la casa paterna, y Antonia Clara, la cual, con diecisiete años, causa al poeta un último dolor, al huir con un desaprensivo galán de apellido Tenorio, llevándose joyas y dinero.

Aquí, en este lugar, transcurrieron sus días últimos. El sábado 6 de agosto de 1635, estando comiendo con unos amigos, sintió una fatiga tal, que según cuenta Pérez de Montalbán, "el corazón no le cabía en el cuerpo". Aun sintiéndose gravemente enfermo, en las dos semanas siguientes no dejó de escribir versos, ni de cumplir con sus obligaciones sacerdotales, ni de regar el jardincillo que con tanto amor había cultivado. El día 26, lo visitó el médico del rey, quien, visto que la vida del escritor se acercaba ya a su fin, recomendó que se le administraran los Sacramentos. Lope accedió devotamente, y se volvió hacia la pared de su alcoba, a "pensar bien lo que le esperaba". En presencia de sus amigos, recibe el Santo Viático, bendice a su hija Feliciana y asegura que "trocará cuantos aplausos había recibido, por haber hecho un acto más de virtud en esta vida".

Pasó la noche inquieto, y amaneció el día 27. Seguía perfectamente lúcido, pero se ahogaba: ya no era capaz de articular palabras. Oraba con fervor y besaba un crucifijo. A eso de las cinco y media de la tarde, frey Lope Félix de Vega Carpio, "expiró el alma al eco del dulcísimo nombre de Jesús y María, que a un mismo tiempo repitieron todos". Tenía setenta y dos años.

Esta casa, donde vivió, gozó, sufrió y murió quien es, por antonomasia, el poeta de España, y donde nacieron a la inmortalidad poemas y textos dramáticos inolvidables, está, desde 1931, bajo la custodia de la Real Academia Española, que, cuatro años más tarde, vió realizado su anhelo de abrirla al público fielmente restaurada. Pero el correr del tiempo continuó infiriéndole injurias, de tal modo que fue preciso cerrarla y gestionar una nueva restauración. A la petición de ayuda, fué sensible la Comunidad de Madrid, la cual, considerando cuánto representa para la Villa y para la nación esta joya singular, asumió generosamente a su cargo, no sólo las obras precisas, sino parte muy importante de los gastos que ocasiona su funcionamiento como monumento público.

La Academia espera que sus visitantes sean sensibles a la emoción del ambiente en que transcurrieron los veinticinco años finales del inmortal escritor, y solicita la máxima comprensión para las limitaciones que, en la visita del edificio, impone su frágil fábrica.

Fernando Lázaro Carreter
Director de la Real Academia Española

